Perversión en New York

Zoe R

Image not found.

Capítulo 1

Hacía un día realmente espléndido. El cielo totalmente despejado, de un azul intenso. El sol
imperioso y brillante como sólo él podría serlo. Las aves, libres, planeando dueñas del mundo…
Diría que casi cualquier persona envidiaría encontrarse en mi piel, mirando la ciudad de Nueva York desde lo alto de este edificio. En mi despacho de cristal… No quiero resultar ególatra, pero es que éstas vistas son de las mejores que existen aquí.

No me ha resultado nada fácil llegar al punto en el que me encuentro. Han sido muchos años de mi vida invertidos para conseguirlo. Por suerte o por desgracia, no nací en el seno de una familia millonaria que pudiera dármelo todo hecho. Soy de las que piensan que si tienes un sueño, no puedes parar de luchar por él hasta que se haga realidad. Todo es posible. Bueno, dentro de unos límites obviamente razonables. Si tu sueño es que reviva Michael Jackson, por ejemplo, por mucho que luches por ello… En fin, fuera bromas, pienso que si quieres algo tienes que ir a por ello y no tirar nunca la toalla por más difícil que se ponga el camino. La meta está al final. Por eso estoy aquí. Ahora.

Mi nombre es Miriam León y soy la fundadora de InterCorp M.L. Nos dedicamos al mundo de la traducción. No voy a explayarme hablando de mi sueño hecho realidad, es totalmente prescindible esa información. Cuando terminé el máster, se me ocurrió la idea de crear InterCorp M.L y tras una larga batalla de esfuerzo, sudor y lágrimas; aquí estoy. Disfrutando de la vida que siempre he querido tener.

Llaman a la puerta del despacho.

Buenos días, señorita León. Ya ha llegado la primera chica de esta mañana. – Dijo Chris, la recepcionista.
De acuerdo, Chris. Muchas gracias. Espera dos minutos y hazla pasar. – Contesté amablemente.

Después de eso me devolvió la sonrisa y afirmando con la cabeza, cerró la puerta y desapareció tras ella.

Ordené un poco los papeles que tenía sobre el gran escritorio de roble, la verdad es que se me había acumulado el trabajo de tal forma, que realmente imploraba por encontrar por fin una buena secretaria que me ayudara. Abrí el cajón de mi derecha y rocié en mi cuello un poco de mi perfume, me coloqué la chaqueta y me senté erguida, esperando que la

nueva chica entrara en la sala. En mi mente empezaban a aparecer imágenes, pensando cómo sería esa persona. Nunca acertaba. Desde luego ese no es mi don. Mi don es otro…

- ¡Hola! – Saludó sonriente mientras abría la puerta tras llamar educadamente.

Desde luego no tenía nada que ver con la imagen que había creado en mi cabeza unos segundos antes. Era una chica bastante alta, con una figura envidiable, ataviada con un traje de chaqueta en tonos marrones demasiado sobrio para mi gusto, con el pelo recogido hacia atrás en una coleta…

- Hola. – Me puse en pie. – Un placer…
- Brenda. Mi nombre es Brenda. – Se apresuró a estrecharme la mano.
- Muy bien, Brenda. Tome asiento, por favor. – Indiqué señalando el sillón de cuero negro, cómodo y confortable que se encontraba al otro lado del escritorio.

En ese momento, comenzó la típica entrevista. Odiaba hacer aquello porque recuerdo que cuando era más joven, lo pasaba realmente mal en aquella situación. Con esas preguntas que parecen que te están poniendo a prueba y que piensas que no vas a ser capaz de responder adecuadamente.

Mientras hablábamos me fijaba en todo los detalles. Sus expresiones corporales, su mirada, su postura, su forma de expresarse… Las respuestas realmente me importaban poco, no las necesitaba. Nuestro cuerpo dice mucho más que las palabras… No. No era la chica que buscaba.

- Bueno, Brenda. Muchas gracias por haber venido. – Volví a incorporarme y le ofrecí la mano de nuevo, ésta vez, invitándola a marcharse.
- Gracias a usted por atenderme. – Sonrió. – Que tenga un buen día.

Y acto seguido se dio la vuelta y se marchó.

Cogí una gran bocanada de aire y la solté hasta casi quedarme sin oxígeno en mi organismo. Había perdido la cuenta ya, de cuántas chicas habían pasado por aquí y ninguna cumplía con los criterios. Con lo que yo buscaba.
Me senté un poco ofuscada y me quedé allí, inmóvil. Observando la sala. Empecé a revisarlo todo con detalle. La gran cristalera perfectamente limpia, sin una sola mancha y oliendo aún a limpiacristales, las paredes lisas, blancas e impolutas, aquella estantería llena de libros que ni siquiera había leído, las plantas que colgaban a un lado del techo y la que estaba

de pie en la esquina donde comenzaba el ventanal… Cerré los ojos un instante y lo decidí. Se acabó. No iba a seguir buscando a esa persona que posiblemente nunca llegaría. Siempre había podido yo sola con el trabajo, y así seguiría siendo. Entonces, con la decisión ya tomada, cogí el teléfono y marqué el número de la recepción.

- ¿Chris? Sí, verás… ¿Hay alguna chica más esperando? Perfecto, pues que no venga nadie más. Se cancela la oferta. ¿Puedes encargarte de ello, por favor? Muchas gracias.

Acto seguido, cogí el mazo de papeles de mi izquierda y comencé a revisarlo todo. No saldría de allí hasta que hubiera acabado con aquello. Hoy sería un día duro.

- Señorita León, si no necesita nada más… - Empezó a decir Chris devolviéndome la conciencia.

Miré el reloj deprisa y mis ojos se abrieron como platos.

- ¡Qué tarde es! Perdona Chris, vete a casa. Yo me quedaré un poco más por aquí. Ya casi he acabado. – Y volví al trabajo sin perder un segundo.
- De acuerdo. Hasta mañana. – Se despidió con educación.

Realmente no me había percatado de la hora que era, llevaba todo el día enfrascada entre aquellos papeles que me habían absorbido por completo. El rugido que salió de mi interior, del estómago concretamente, me advirtió que debía alimentarme. Miré un momento a mi derecha, donde se encontraba todo el trabajo realizado y luego volví la vista a mi izquierda, con lo que quedaba aún por hacer. Resoplé cansada, reposé mis codos sobre la mesa y froté mis ojos con las manos como muestra del agotamiento.

- Bueno… Podría dejarlo por hoy. – Me dije en voz alta.

Tras unos leves segundos me puse en pie, cogí el abrigo del perchero y salí del despacho.

El edificio estaba prácticamente vacío, apenas me tropecé con dos personas de camino al ascensor que me llevaría hasta el parking subterráneo. Pulsé el botón con desgana y esperé hasta llegar a mi destino mientras miraba el correo en el móvil.

‘’Subterráneo número 1”. Avisó la voz de aquel elevador. Inmediatamente después, las puertas metálicas se abrieron y salí de él.

Todo estaba envuelto con un macabro silencio digno de cualquier película de terror. Sólo se escuchaban mis pasos y el sonido de los ventiladores.

Imagíname allí, bajo tierra, en aquel aparcamiento solitario, caminando sola e indefensa… Qué va. Sabía apañármelas muy bien sola. Presioné el botón de la llave de mi coche y el sonido de éste abriéndose, rebotó en las paredes rompiendo aquella lúgubre tranquilidad. Acto seguido abrí la puerta del conductor, me senté en el asiento, puse el abrigo con cuidado sobre el asiento del copiloto, metí la llave en el contacto, gradué el ángulo del espejo retrovisor interior y arranqué. Ya era hora de dirigirse a casa y cenar algo tranquilamente.

Media hora más tarde, me encontraba en el porche de mi casa dispuesta a entrar. Hacía una noche realmente espléndida. Esa luna llena, blanca y luminosa allí arriba, sobre ese lienzo negro pintado con miles de pequeñas motas blanquecinas. Sonreí mientras la observaba y abrí la puerta de entrada.

- Mmm… Hogar, dulce hogar. – Dije en voz alta mientras me quitaba los zapatos.

Me quedé un instante pensando si cenar primero o ir directa a la ducha. La segunda opción me pareció más atractiva así que sin dudarlo, subí las escaleras y entré en el baño.
Presioné el botón de encendido del mando del hilo musical, y el sonido de la música tibetana invadió la intimidad de aquellas cuatro paredes, envolviéndome rápidamente con su magia y tranquilidad.
Abrí el grifo del agua caliente de la bañera que empezó a caer con fuerza y puse el tapón del desagüe para que el agua cristalina no se perdiera por él. Me senté en el borde esperando que se llenara, relajándome con aquellos maravillosos sonidos. Cerrando los ojos para sentirlo todo más plenamente. Tras unos escasos minutos, la bañera ya estaba llena. Sonreí. Eché las sales de baño y removiendo con mi mano, la espuma empezó a aparecer blanca y esponjosa.
Me puse de pie y comencé a desnudarme para a continuación introducirme en aquel delicioso placer.

Me quedé allí, tumbada hacia atrás, con mi espalda reposada, completamente cubierta por el agua y la espuma. Disfrutando de aquel momento de tranquilidad bien merecido tras el día de trabajo. Cerré los ojos y me sumergí por completo. Aguanté unos segundos la respiración y luego emergí de nuevo. Me encantaba hacer eso. De verdad, puede parecer simple, pero me sentía en el paraíso.

Cuando el agua empezó a perder temperatura decidí salir de ella, estiré el brazo hacia mi derecha para alcanzar el albornoz que colgaba de la pared, me incorporé y cubrí mi cuerpo mojado y caliente con él. Me sequé sin prisa y salí del baño dirección a mi dormitorio.

Abrí la puerta y cogí el pijama que me estaba esperando perfectamente doblado sobre mi cama. Antes de ponérmelo, lo acerqué a mi rostro. Me encanta el olor a ropa limpia.
El sonido de mis leones internos volvió a aparecer así que bajé las escaleras y fui directa a la cocina.
Una vez allí, abrí la puerta de la nevera y cogí algo de verdura, de la alacena cogí una lata de atún y del estante de al lado agarré el aceite y el vinagre. Me iba a preparar una buena ensalada, si me quedaba con hambre ya picaría algo más después.

Con la cena preparada, fui hacia el salón, encendí el televisor y me senté en el sofá. Ese sofá tipo chaise longue tan extremadamente cómodo que más de una vez me había quedado dormida en él durante toda la noche.

- Bueno, a ver que hay por aquí… - Dije mientras cambiaba insistentemente de canal buscando algo que me interesara. – Anda, mira. Una película de Moore, la noche perfecta. – Bromeé para mí.

Empecé a cenar. La ensalada me había quedado perfecta. Con su toque justo. Cuando la acabé, me quedé bastante saciada así que puse el plato y demás en el fregadero de la cocina y me tumbé cómoda a ver la película.

“ - No te muevas. No te muevas ni un milímetro. – Susurré en su oído. Mis manos empezaron a recorrer su cuerpo desnudo desde los tobillos hasta el cuello, sin dejar un poro de su cuerpo fuera. Notando como sus vellos se erizaban descontroladamente y como aquellos perfectos pezones rosados se endurecían. Viendo como su respiración se entrecortaba a medida que mis manos avanzaban.
Qué imagen tan perfecta. Tenerla allí, frente a mí, de pie, inmovilizada y privada de visión por un pañuelo de seda rojo. ‘’

Capítulo 2